

Elogio al ocio

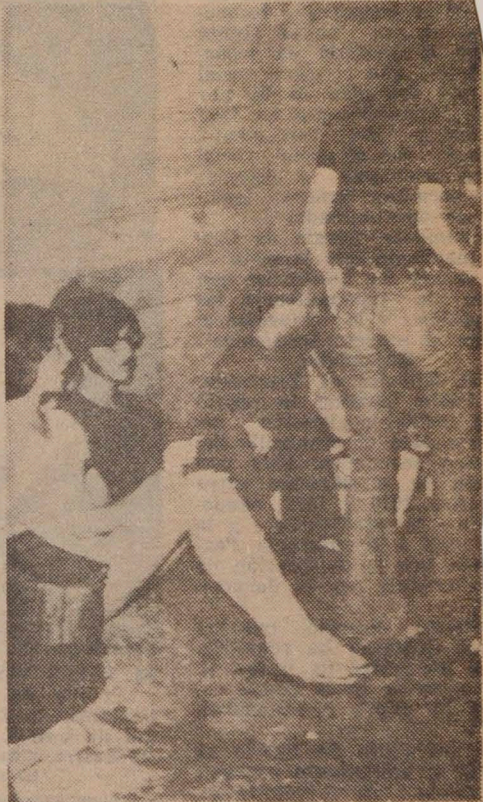
■ Cuando el Supremo Creador quiso castigar la desobediencia de Adán, junto con expulsarlo del paraíso lo condenó al trabajo: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente", le dijo y, con ello, quedó sellada la suerte de la humanidad.

Muy ladinamente, el hombre ha pretendido convertir su castigo en virtud y, así, el trabajador recibe alabanzas y el ocioso es objeto de censura. La hipocresía de esta actitud salta a la vista. El principal objetivo del hombre que trabaja es acumular el suficiente dinero como para dejar de trabajar; se inicia la semana laboral con el pensamiento puesto en el fin de semana por llegar. Todo funcionario que se precie de tal llevará un severo cómputo del tiempo que le falta para llegar a la ansiada jubilación.

Toda la literatura escrita en pro de las virtudes del trabajo y las amonestaciones que moralistas y filósofos han hecho contra el ocio, no han podido erradicar la fascinación que él produce en el género humano. En vano Rousseau trató de bribón al ciudadano ocioso y la sabiduría de Sancho lo comparó con los zánganos de la colmena; la indestructible verdad la estableció con rotunda precisión. Unamuno cuando escribió: "El hombre es un animal esencial, fundamental, constitucional y radicalmente haragán".

Esclarecidos espíritus han reconocido, sin embargo, la belleza del ocio sin ruborizarse. Cicerón hablaba de la "Noble ociosidad" y Aristóteles no usaba de ambages para declarar que "la felicidad está en el ocio".

Quienes denigran, aquello que los italianos han llamado tan poéticamente "il dolce far niente", aducen que el ocio es improductivo. Pero se equivocan. Los momentos estelares de nuestra civilización están precedidos de un gran período de ociosidad. De todos es sabido que Newton inició el descubrimiento del principio de la ley de gravedad, cuando una manzana cayó sobre él, mientras dormía siesta bajo un árbol. Más de un puritano, al ver al sabio inglés durmiendo a piernas sueltas, se habría escandalizado, pensando que su tiempo estaría mejor empleado en cualquier actividad. Sin embargo, esa tendencia al ocio de Newton dio con la clave de uno de los principios en que se basa la física moderna. Afortunadamente, los padres de Joaquín Watt no eran muy severos en la educación de su hijo. De haberlo sido, no habrían permitido que su hijo estuviera ocioso en la cocina mirando hervir una tetera de agua, en vez de estar haciendo tareas o dedicado a alguna actividad productiva. Y, sin embargo, de todos es conocido que en esa ociosa actitud, el niño Watt principió a lucubrar pensamientos que lo llevaron a la creación del uso del vapor como energía, revolucionando la ciencia y la técnica de Siglo XVIII. Y si del campo científico nos trasladamos al literario o artístico, tendremos que convenir que las grandes obras que son hitos en la historia cultural, no nacieron de un trabajo febril sino, más bien, del ocio creador. Para muestra basta un botón. Si Cer-



vantes por sus deudas, no hubiese sido confinado al obligado ocio de la cárcel, no habríamos contado con El Quijote.

Emerson, puritano como era, afirmaba que el genio era un uno por ciento de inspiración y un noventa y nueve de transpiración, pero su medición era cuantitativa y no cualitativa. Sin ese uno por ciento que él llamaba inspiración, y que sólo puede ocurrir cuando el hombre está sin trabajar, toda la transpiración del mundo carece de valor.

Cuando Dios condenó a Adán a trabajar, limitó en él la capacidad más preciada del hombre hecho a imagen y semejanza del Todopoderoso: la capacidad de crear. Por eso todo creador humano, sea éste científico, literario o artístico, que al crear se ha acercado a la cualidad divina, lo ha hecho en un momento de ocio.

El Supremo Creador, a juicio de los panageristas del trabajo, debiera ser el Gran Ocioso, pero no lo es, porque en definitiva el trabajo creador nace de los momentos de ocio; y a los verdaderamente ociosos, a los que nada crean, no les queda otro remedio que trabajar. Como dice un amigo mío: "Yo estoy muy ocupado para trabajar. Que trabajen los ociosos".

Parece un juego de palabras, pero no lo es.